

Natalia M. Alcalde

DELIRIO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n°28—

MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © NATALIA M. ALCALDE

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Corrección ortoestilística: ALICIA ARÉS
Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © MARIANA GELLA
Fotografía de la autora en solapa © AITOR LASPIUR

Primera edición: noviembre, 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-28-0
Depósito legal: M-25222-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Arturo, porque abrazó mi delirio

«Oh, we can beat them, forever and ever.
Then we could be heroes, just for one day»

DAVID BOWIE. *Heroes*

PRIMERA PARTE

Delirio persecutorio

El albor se convierte en podredumbre al caer la noche

«Toda la literatura es chisme»

TRUMAN CAPOTE

ALGARABÍA

Todos lo hablaron. Todos lo comentaron. Todos, en el egoísmo de su contexto, creyeron dogmática su opinión. Los callejones de la ciudad se convirtieron en sucios ríos cargados de un barullo indecoroso y carente de lógica. La escabrosidad se propagó como la peste. La información se deformó y se espesó. Viajó el chisme de cabeza inquisidora a cabeza inquisidora. Tumulto lejano y cercano. ¡Cuántos murmullos por las calles de Guanajuato! ¡Cuánto estrépito! ¡Cuántas versiones! Versiones que llegaron a los oídos de él, del carnicero que decapitó a un cerdo muerto; de ella, de la florista que depositó una docena de rosas en las manos trémulas de un adolescente; de la niña que corrió por las escaleras empinadas de la universidad. Había escándalo en los autobuses, en el jardín central: escándalo que radicó en la banalidad y banalidad que se sustentó en la ignorancia.

—¿Supiste? —preguntaron.

—¿Cómo no saberlo? Lo saben todos. ¡Es un horror!

Se murmuró por aquí y por allá. Se oyeron voces que iban desde el centro hasta las afueras de la ciudad, sobre los diferentes bloques de cemento, de una ventana a la otra, agitando sábanas recién lavadas, en el mercado y frente a la basílica. La ciudad se caracterizó por el cuchicheo, por el montón de piecitos que se

reunieron y se apartaron para jugar al teléfono estropeado. Pero detrás de las frases de espanto, se escondió el succulento sabor del morbo, de las ganas por estar al tanto y escapar del tedio de la propia existencia.

—Un verdadero horror, te digo, por donde quiera que lo veas... ¡Es horrible!

—¡El mundo está hecho un asco!

—¡Ay! Es que no me lo creo, en mis tiempos...

—En nuestros tiempos estas cosas no pasaban. La sociedad está confundida.

—El mundo está podrido.

—Es el fin de los tiempos, Berta. El Apocalipsis presagia esto. El fin vendrá cuando los hombres se vistan de mujeres y las mujeres de hombres. ¡Eso dice!

—¡Pobre, Juanjo! Es un buen hombre.

—¡Juanjo de pobre no tiene un pelo, Susana! Ha demostrado ser muy... muy promiscuo.

—A decir verdad, a mí Juanjo nunca me cayó bien, siempre supe que acabaría haciéndole algo así a Brígida. Andaba inmiscuyéndose con alumnas y... alumnos —una de las presentes en la conversación se persignó al escuchar aquello.

—Pues eso le pasa a la loca de Brígida por ir a embarazarse de un español, los europeos son mucho más liberales.

—¡Ya no hay temor de Dios!

—Siempre se le notó lo amanerado.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿De qué hablan?

—¿En serio, no sabes?

—Mataron a un hombre en el hotel de Juanjo.

—Pensé que era mujer.

—¡No! Era un travesti.

—Creo que era transgénero.

—¡Ay! Es que con tantos términos uno ya nunca sabe. Cada día se le agrega una letra nueva al *lobby* de los gays.

—Es parte del adoctrinamiento del nuevo comunismo. Es la nueva izquierda. ¡Nos quieren lavar el cerebro!

—Pero... ¿Qué pasó?

—Eso, lo mataron, pero feo, tortura y todo. Dicen que le rebarraron la piel de las piernas en vida con un pelapapas. Fue un crimen pasional.

—Juanjo es el acusado.

—Juanjo nunca...

—Por esto mismo la naturaleza se basa en mujer y hombre, las personalidades se complementan, ¿ves? La mujer le pone el freno al hombre. Dos hombres juntos solo se dedican a acelerar y no hay quién los pare. Un cura lo explicaba en un vídeo muy bueno, lo vi en Facebook, luego se lo paso.

—No entiendo tu referencia, mamá. ¿Eso qué tiene que ver con que hayan matado a alguien en el hotel de Juanjo? ¿Cómo están tan seguras de que fue él?

—Hija, es que a ver... mataron a un travesti en el hotel de Juanjo. ¿No te parece demasiada casualidad?

—No puedes culpar a alguien de ser asesino por sus preferencias sexuales.

—No estamos culpando a nadie, Marisa, solo que está bastante rara la cosa. A nosotras Juanjo nos cae muy bien —asintió a la par el montón de cabezas teñidas de rubio.

—¡No puedo creerlo! ¡Me voy!

—¡Marisa!

—Déjala, Susy, los jóvenes con tanta información no entienden dónde están los límites del bien y el mal.

—¿Oigan, pero sabían que había otra mujer con Juanjo?

—No hay un alma en el hotel de Juanjo. Presiento que es lavado de dinero. ¿Quién mantiene un hotel con cinco cuartos?

—Seis cuartos, son seis.

—Me dijeron, no estoy segura, que la otra mujer es de la Ciudad de México, jovencita, rubia, guapa... dicen. Ella encontró a la muertita.

—Al muerto, era hombre, Marta.

—Pero ¿qué hacían juntos?

—¿Y qué hacía ella en el hotel de Juanjo?

—¿No será amante de Juanjo? Con él nunca se sabe.

—¡Todo es rarísimo! ¡Qué espanto! ¡Qué horror!

—Bueno, yo solo escuché que fue ella la que encontró a la víctima. Me dijo la señora de la frutería por la mañana. ¡Vete tú a saber!

* * *

El cielo del atardecer en Guanajuato se pintó de un color rosa, casi surreal, bonito como para tomarle una foto con el teléfono móvil. Era color rosado, como los flamencos de plástico que se sostenían sobre un palo metálico dispersos por el minúsculo hall del Hotel Delirio. Los flamencos se mantenían firmes, no se habían movido ni un centímetro. Para ellos, nada había sucedido entre las cuatro paredes alargadas de esa antigua casa remodelada. Los detectives y los policías federales los esquivaban mientras revisaban los muebles buscando supuestos indicios que los ayu-

dasen a dar con el culpable del homicidio. Los oficiales abrieron cajones y puertas, cubrieron superficies con polvos blancos para después situar cintas transparentes con las que esperaban encontrar huellas dactilares y marcaron fronteras amarillas por donde creían oportuno negar el paso.

Juanjo escondió el rostro entre las palmas de las manos. Apoyó los codos contra los muslos. En posición de llanto, no lloraba, era más bien que no quería ver cómo enmarañaban y revolvían su hotel. Llevaba puestos los auriculares porque tampoco quería escucharlos hablar, inculparlo. Yo sí observé, yo sí escuché los pasos energúmenos de ese montón de hombres, los murmullos con los que apuntaban a Juanjo. Sostuve con la mano derecha el brazo de mi amigo. Él era mi ancla, me recordaba que no estaba sola, no me sentía cómoda entre ese montón de oficiales que me observaban con avidez, alzando las cejas, sonriendo a medias y sin mostrar los dientes. Hacía solo unos minutos, uno de ellos me rozó la mejilla con la yema de los dedos.

—Todo va a estar bien, corazón. No tengas miedo. Yo te cuido —me insinuó.

No. No quería estar sola. Así que sujeté a Juanjo y agradecí su presencia. Con la mano izquierda apreté la punta del vestido blanco que llevaba puesto. Mi vestido se pintaba con hilos color bermellón que conducían a una mancha redonda sobre la zona del vientre. Con el atuendo tan manchado de sangre, cualquiera podría creer que me habían apuñalado.

Juanjo me tomó la mano. Se quitó uno de los auriculares y me lo ofreció. Divisé sus ojos verdes y expiré en son de alivio.

—Ten. Escucha. Me gusta mucho esta canción —obedecí.

—A mí también me gusta, por la película.

Así, los dos, vigilantes y sumergidos en la escena de un bestial crimen a la mexicana, atrapados por las garras del hampa, permitimos que el curso de nuestros pensamientos de luto se disimule entre el ritmo sesentero de Little Tony. «Un cuore matto che ti vuole bene e ti perdona tutto quel che fai», enunció la canción y yo marqué el ritmo golpeando con la punta del zapato el pavimento.